

ESTUDIOS MIROBRIGENSES

II



Centro de Estudios Mirobrigenses
C.E.C.E.L. – C.S.I.C.

2008

ESTUDIOS
MIROBRIGENSES

Estudios Mirobrigenses



Centro de Estudios Mirobrigenses
2007

ESTUDIOS MIROBRIGENSES

N.º 2

Centro de Estudios Mirobrigenses

Confederación Española de Centros de Estudios Locales (C.E.C.E.L.)

Centro Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)

Consejo de Redacción:

Presidente: JOSÉ IGNACIO MARTÍN BENITO

Vocales: PILAR HUERGA CRIADO

M.ª PAZ DE SALAZAR Y ACHA

JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA

Secretaria: M.ª DEL SOCORRO URIBE MALMIERCA

Portada: *Labra heráldica de las armas de los Águila,
en el palacio de su linaje en Ciudad Rodrigo.*

Contraportada: *Privilegio de Fernando II por el cual da a la Catedral y al Obispo la tercera
parte de heredad del Rey en Ciudad Rodrigo y su término, haciéndole entrega
también de la ciudad de Oronia, año 1168.*

© CENTRO DE ESTUDIOS MIROBRIGENSES

ISSN: 1885-057X

Depósito Legal: S. 491-2005

Imprenta KADMOS

Salamanca 2008

ÍNDICE

PANORAMA

- Aproximación a las fuentes, estado de la investigación y perspectivas para el estudio de la Iglesia medieval en Ciudad Rodrigo (I): episcopado, cabildo y clero secular* 19
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA

ESTUDIOS

- Algunas visitas ad limina civitatenses* 41
JUSTO GARCÍA SÁNCHEZ
- Aspectos biográficos del jurista de San Felices de los Gallegos Dr. Félix de Manzanedo (1500-1576)* 107
JUSTO GARCÍA SÁNCHEZ, JESÚS GARCÍA SÁNCHEZ, NICASIO GARCÍA SÁNCHEZ Y JERÓNIMO GARCÍA SÁNCHEZ

ARTÍCULOS

- Dos libros de polifonía de Juan Esquivel de Barabona: Missarum Ian-nis Esquivelis... (1608) y [...] psalmorum, hymnorum, magnifica-rum... (1613)* 163
FRANCISCO RODILLA LEÓN
- Descripción de un voluntario de Ciudad Rodrigo, según un grabado de W. Bradford* 177
CARLOS GARCÍA MEDINA
- Los Águila, alcaides y alférezes mayores de Ciudad Rodrigo* 189
JAIME DE SALAZAR Y ACHA
- Notas sobre la poética dialectal o regional de Salamanca (¿una tercera escuela poética salmantina?)* 223
JOSÉ LUIS PUERTO HERNÁNDEZ

<i>Evidencias arqueológicas y etnográficas de instrumentos musicales elaborados en un hueso del ala de buitre</i>	247
MARTA MORENO	
<i>Thuébault y don Julián: un general de Napoleón a la caza de "El Charro"</i>	265
MIGUEL ÁNGEL MARTÍN MAS	
<i>La cultura del farinato en Ciudad Rodrigo</i>	285
JOSÉ RAMÓN CID CEBRIÁN	
VARIA	
<i>Aproximación al archivo musical del profesor Dámaso Ledesma Hernández</i>	301
PILAR MAGADÁN CHAO	
<i>Los orígenes de Ciudad Rodrigo</i>	311
ÁNGEL BERNAL ESTÉVEZ	
<i>La grippe de Mazarrasa y su tiempo</i>	321
MARIO GASTAÑAGA UCARTE	
RECENSIONES BIBLIOGRÁFICAS	
<i>Bogajo: un pueblo con historia</i>	331
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA	
<i>Libro de motetes</i>	334
PILAR MAGADÁN CHAO	
<i>La catedral de Ciudad Rodrigo a través de los siglos: Visiones y revisiones</i>	336
JAIME DE SALAZAR Y ACHA	
<i>Ciudad Rodrigo entre Salamanca y Portugal</i>	338
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA	
<i>Blasones populares del antiguo partido de Ciudad Rodrigo. Dictadología y leyendas de la crónica oral</i>	339
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA	
<i>El Memorial de Salazar</i>	340
JUAN JOSÉ SÁNCHEZ-ORO ROSA	

MONSIEUR THIÉBAULT Y DON JULIÁN: UN GENERAL DE NAPOLEÓN A LA CAZA DE «EL CHARRO»

MIGUEL ÁNGEL MARTÍN MAS

Foro para el Estudio de la Historia Militar de España

Hice aquel viaje guiado por un ingenuo deseo de encontrar respuestas a preguntas sobre un pasado ya lejano, aunque no se trataba de que hubiera sentido la llamada de los muertos; mi ingenuidad no llegaba a tal extremo...

En aquel momento, en el cementerio Père Lachaise de París, sentía más que nunca que todo era producto del destino, el apasionamiento y las casualidades, que habían terminado componiendo una especie de canto de sirenas que me había atraído hasta el centro del mundo napoleónico. Apenas unos días antes había estado en la Plaza de Herrasti de Ciudad Rodrigo. Allí, frente al mausoleo del brigadier Julián Sánchez, también conocido como «El Charro», mirando fijamente a la escultura que representa al valeroso jinete, me había sentido muchas veces tentado de preguntarle a la piedra inerte si todo aquello que contaba el general Paul Thiébault en sus *Mémoires*¹ era verdad. ¿Había estado Don Julián, el héroe español de la Guerra de la Independencia, a punto de pasarse al bando enemigo?

¹ La edición con la contaba en ese momento era la inglesa de 1896, publicada con el título *The Memoirs of Baron Thiébault*. La primera edición francesa se publicó en cinco tomos entre los años 1894-95 con el título *Mémoires du général Bon Thiébault, publiés sous les auspices de sa fille Mlle Claire Thiébault, d'après le manuscrit original, par Fernand Calmettes*.

En la mochila descansaba el segundo volumen de las *Mémoires* de Thiébault, con las páginas ajadas tras haberme pasado muchos meses releiendo una y otra vez el inquietante episodio que desmitificaba al héroe. Tras un corto recorrido por la necrópolis más ilustre de París, de nuevo abría el preciado pero castigado volumen. Ahora ante la tumba del general Thiébault, en el camino 28 del cementerio Père Lachaise, a unos pocos metros de las criptas de los mariscales Davout y Ney y del obelisco que enaltece la tumba de otra de las glorias del Imperio, el también mariscal André Masséna, comandante en jefe de un ejército que, en el año 1810, arrebató Ciudad Rodrigo a otro de los héroes de esa más que desgraciada guerra, el general Andrés Pérez de Herrasti.

Allí no había respuestas, frente a las tumbas no se escucha más que un infinito silencio. Pero fue precisamente en ese momento cuando tuve la sensación de haber comprendido por fin algo importante. Cuando volviera a mi hogar, si algún día se me ocurría redactar un artículo o un libro sobre Paul Thiébault y Julián Sánchez —dos hombres cuyas vidas se cruzaron en tierras mirobrigenses en tiempo de guerra y frente a cuyas tumbas había rezado sendas oraciones—, debería esforzarme por escribir de los hombres “en” la guerra, situación límite por excelencia. Evitaría a toda costa hablar “de” la guerra y caer en el cansino tópico de los buenos y los malos. Trataría con ternura a ambos soldados que no lucharon tanto entre sí como contra su destino. Hablaría sobre dos hombres angustiados por cumplir con su deber, ser dignos de los honores, no ofender a Dios o al destino, obedecer a sus superiores y ayudar a sus camaradas. En definitiva, no se trataba más que de hombres tan reales y vulnerables como nosotros, como el que escribe estas líneas y espera no defraudar a aquellos que han confiado en él y le han permitido compartir el honor que supone participar en una publicación avalada por el Centro de Estudios Mirobrigenses.

PAUL THIÉBAULT (1769-1846)

Paul Thiébault nació en Berlín en el año 1769. Su padre se había trasladado a esa ciudad poco tiempo antes, con motivo de la invitación por parte del rey Federico II para hacerse cargo de la Escuela de Gramática. El joven Thiébault asistió a la Escuela fundada por el rey y dirigida por su padre, beneficiándose del ambiente ilustrado y humanista de la elite prusiana, al tiempo que se fraguaba su vocación por el arte de la guerra en el país más militarizado de la época. En el año 1784, los Thiébault regresaron a París, donde el padre recibió un importante cargo en los Inventarios del Depósito

Real. Unos años después, la Revolución Francesa acababa con el mundo exquisito de la alta burguesía parisina en el que Paul Thiébault había pasado sus años de adolescencia.

Paul, fascinado por los acontecimientos que se sucedían en las calles del París revolucionario, decidió alistarse en uno de los muchos batallones de la Guardia Nacional que se estaban formando. En los años siguientes, participó en los acontecimientos políticos más importantes allí acaecidos, entre ellos el asalto a las Tullerías y el arresto del rey el 10 de agosto de 1792. Ese mismo día, Paul Thiébault no pudo evitar el asesinato a sangre fría de los prisioneros monárquicos que habían caído en manos de su unidad. Horrorizado ante el comportamiento salvaje del que hacía gala la Guardia Nacional, y ante las masacres que se comenzaron a producir a principios de septiembre de ese año, Paul Thiébault perdió pronto su fe revolucionaria. Abandonó su puesto para alistarse en una de las nuevas unidades que se estaban formando para luchar contra los austriacos y prusianos, que habían acordado, por medio de la Primera Coalición, invadir el territorio francés y restablecer el orden monárquico. La Convención Revolucionaria estaba en ese momento en guerra con los reyes de Europa, y ese conflicto ofrecería grandes oportunidades a los jóvenes deseosos de ascender el escalafón militar y social. Se iniciaba así una brillante carrera militar cuyos primeros hitos fueron las campañas en los Países Bajos entre los años 1792 y 1795 y las dos de Italia, la primera entre 1796 y 1797 y la segunda en 1800, en la que Thiébault mostró un inquebrantable valor y arrojo durante el sitio de Génova, tras el cual recibiría el grado de general de brigada.

Thiébault conoció a Napoleón Bonaparte en París en 1795, cuando éste era un general de aspecto desaliñado y carente de recursos. Además, presencié cómo el corso se ganaba el favor del político Paul Barras reprimiendo a sangre y fuego a las turbas monárquicas que se habían levantado contra el gobierno republicano en la famosa jornada del 12 Vendimiario. Años después sería testigo directo del golpe de estado del 18 Brumario de 1799, que convertiría a Napoleón en Primer Cónsul, y de su coronación como Emperador de Francia en el año 1804.

A primeros de mayo del año 1801, Thiébault recibió órdenes de incorporarse al Cuerpo de Observación de la Gironda, un nuevo ejército que se estaba reuniendo bajo el mando del general Leclerc y que invadiría Portugal para apoyar a los por entonces aliados españoles en una conflagración que terminaría conociéndose como la Guerra de las Naranjas. En Burdeos se encontró con el comandante en jefe, que le ordenó tomar el mando de dos regimientos e incorporarse al cuartel general que debía establecerse en Ciu-

dad Rodrigo. Paul Thiébault se disponía a entrar por primera vez en España, sin imaginar que, unos años después, se convertiría en gobernador de la provincia de Salamanca y que los que en ese momento eran sus aliados serían sus enemigos acérrimos, especialmente un joven soldado natural de un pequeño pueblo de la comarca de Ciudad Rodrigo que marchaba con las tropas españolas dispuestas a invadir el reino luso. El 6 de junio, españoles y portugueses firmaron el Tratado de Badajoz, por medio del cual se ponía fin al conflicto, pero eso no impidió que las tropas francesas siguieran entrando en la Península en virtud de la ayuda solicitada por Manuel Godoy, el valido que en ese momento regía los destinos de España.

El 26 de junio de 1801, Thiébault pasó la noche en Salamanca para dirigirse al día siguiente a Ciudad Rodrigo. Tenía prisa por llegar; pensaba que quizá pudiera participar en algún combate. Una vez allí, se hizo cargo de la vanguardia francesa, establecida entre el Fuerte de la Concepción y la Sierra de Francia, para llevar a cabo una simple misión de observación de las posiciones portuguesas, lo que le decepcionó enormemente. No pasó mucho tiempo en estas tierras, ya que, a finales de agosto, tras una estancia en Salamanca durante la cual tuvo la oportunidad de entablar una verdadera amistad con el ilustrado Obispo Tavera, Thiébault recibió la orden de regresar a Francia.

De vuelta al hogar, recibió alborozado la noticia de la firma de la Paz de Amiens –el 27 de marzo de 1802– entre Gran Bretaña y Francia. Tras diez años de guerra contra la Revolución, por fin reinaba en Europa una paz general. Este hecho proporcionó a Thiébault un destino estable que le ofrecería la posibilidad de rehacer su vida familiar después de la traumática separación de su primera esposa, una escocesa de nombre Betzy Walker, unos meses antes. El 14 de julio de 1802, en plena celebración de la fiesta nacional en Tours, Thiébault conoció a Elizabeth Chenois, su amada Zozotte, con la que se comprometería un año después y con la que se casaría en el año 1804.

La paz con Gran Bretaña no duró mucho. Ninguna de las dos partes se fiaba de la otra, y eso hizo que se enconaran las diferencias más triviales. El 16 de mayo de 1803, Gran Bretaña y Francia estaban de nuevo en guerra. Por esas fechas, Thiébault viajó a París para encontrarse con el general Junot, que le ofreció el mando de la Subdivisión de Versalles y Chartres. Durante varios meses se dedicó a la reorganización y equipamiento de distintas unidades, un mero trabajo administrativo. Es en ese tiempo en el que Thiébault, destinado muy cerca de París, tuvo la oportunidad de visitar con frecuencia el domicilio del matrimonio Junot y afianzar su amistad con ellos. Los Junot llegarían a ser también parte de la historia de la capital mirobrigense, aunque solo sea porque su primogénito nació en esa localidad en 1811 y fue, en consecuencia, bautizado con el nombre de Rodrigo.

Thiébault luchó en Austerlitz el 2 de diciembre de 1805, alcanzando la gloria ese día gracias a su ataque a la villa de Pratzen, defendida por veinte mil austríacos, y a la toma del castillo de Sokolnitz a pesar de la tenaz resistencia de las tropas rusas que lo defendían. Casi al final de la batalla, mientras lideraba una carga contra una batería rusa, recibió una herida de bala en el hombro. El 14 de diciembre, no obstante, podría cumplir treinta y seis años.

Tras meses de convalecencia y un breve periodo como gobernador de Fulda, uno de los estados alemanes incorporados al Imperio francés tras la gran victoria de Jena, Thiébault volvió a París en 1807. Allí se reunió de nuevo con su amigo Junot, en ese momento Gobernador de la capital y a la sazón recién nombrado comandante en jefe del 1^{er} Cuerpo de Expedición de la Gironde. El general le ofreció la posibilidad de acompañarle como Jefe de Estado Mayor en la expedición que se estaba organizando para invadir Portugal. Ese país era el único apoyo que los británicos tenían en aquel momento en el Continente, y Napoleón estaba decidido a acabar con esa alianza que tanto daño hacía a sus intereses. Esta campaña le llevaría otra vez a Ciudad Rodrigo, donde algunos comenzaban ya a sospechar que ese nuevo paso de tropas francesas no iba a traer nada bueno. Entre ellos, seguramente se encontraba el ya veterano de dos guerras, Julián Sánchez, que pasaba sus días dedicado a las labores del campo mientras su futuro enemigo entraba de forma triunfal en Lisboa en noviembre de 1807.

Durante unos pocos meses, Thiébault actuó como gobernador de la capital del reino luso, pero el levantamiento español contra las tropas francesas en mayo de 1808 lo cambiaría todo. Napoleón había destapado al avispero peninsular al derrocar a los Borbones del trono de España –hasta entonces sus aliados– y sustituirlos por su hermano José, aprovechándose de las desavenencias entre el rey Carlos y su heredero Fernando y del odio que el pueblo sentía por el valido Godoy.

En Portugal, Junot no fue capaz de organizar una resistencia efectiva y decidida frente al levantamiento que había surgido en Portugal por ósmosis con el de España, y menos ante el desembarco de un ejército británico en la bahía del río Mondego en agosto de 1808. Un ejército que, unido a las fuerzas portuguesas y españolas, haría la guerra a los franceses en la Península hasta el año 1814, en el que cruzaría los Pirineos para invadir Francia y terminar derrocando a Napoleón, entonces también amenazado por el norte por fuerzas austríacas, rusas y prusianas. Pero todavía quedaban muchas batallas que librar antes de ver al corso postrado ante sus enemigos. De momento, las derrotas de Roliça y Vimeiro provocaron la evacuación de las tropas de Junot a Francia, lo que devolvió a casa al general Thiébault y libró

al territorio portugués de la presencia de las tropas de Napoleón. No duraría mucho, porque en los años venideros los franceses iban a intentar invadir Portugal dos veces más, fracasando en ambas ocasiones.

El 19 de noviembre de 1808, nuestro protagonista fue ascendido a general de división, probablemente gracias a la buena impresión que Napoleón se llevó al leer su exhaustivo informe de la campaña en Portugal. Durante las siguientes cuatro semanas, Thiébault supervisó la reorganización de la antigua *Armée de Portugal* en lo que sería el 8.º Cuerpo de Ejército. El 20 de diciembre de 1808, el 8.º Cuerpo fue enviado a España bajo el mando del general Loison, y Thiébault con él. Cada vez estaba más cerca el enfrentamiento con «El Charro» y sus Lanceros de Ciudad Rodrigo.

En enero de 1809, el Emperador pasó por Burgos de vuelta a Francia, tras haber derrotado a los ejércitos españoles en varias batallas y repuesto en el trono a su hermano José, que lo había abandonado precipitadamente tras la derrota del ejército del general Dupont en Bailén el 19 de julio del año anterior. Visto el desastre en que se había convertido esa ciudad debido al paso de miles de sus soldados, Bonaparte decidió poner al frente de la misma a un hombre que pudiera poner fin a todo aquel caos. Thiébault, un hombre de probada experiencia y capacidad ante una situación de levantamiento civil como la que en ese momento se estaba produciendo en España —así lo había demostrado durante la campaña italiana de 1800—, se puso rápidamente manos a la obra para convertir Burgos en una ciudad habitable. Sabía que lo más importante era ganarse la simpatía de la población local con una actitud basada en el conocimiento de las necesidades de la misma, el orden, la justicia y el buen trato. Una de sus primeras medidas fue acabar con la corrupción de los encargados del abastecimiento de alimentos y con la subsiguiente especulación. Posteriormente, advirtió a los oficiales de la guarnición que no se toleraría ningún tipo de abuso sobre la población local ni las requisas ilegales practicadas hasta entonces. Finalmente, creó una corte de justicia integrada por militares franceses y jueces españoles que resolvería los crímenes más graves, de la cual él mismo sería el presidente. Además, durante esos meses como gobernador en Burgos, lideraría personalmente y sobre el campo de batalla la lucha contra guerrillera, experiencia que le sería de gran utilidad muy pronto, cuando llegara la hora de enfrentarse a una de las luchas partisanas más activas y dañinas para los intereses imperiales en la Península, y que tenía su epicentro en Ciudad Rodrigo.

En noviembre de 1809, Thiébault cesó como gobernador de Burgos y volvió a Francia, donde permaneció apenas seis meses, ya que a mediados de mayo de 1810 fue enviado de nuevo a España, esta vez integrado en el

Estado Mayor del 9.º Cuerpo de Ejército. Esta unidad marchaba a rebufo de los Cuerpos de Ejército 2.º, 6.º y 8.º, que se encontraban bajo el mando supremo del mariscal Masséna. Se trataba de la renovada *Armée de Portugal*, una colosal fuerza que se disponía a invadir el reino luso por tercera vez desde 1807. El primer paso en esta campaña era la toma de Ciudad Rodrigo, en aquel momento al mando del general Andrés Pérez de Herrasti.

Thiébault se presentó por tercera vez en su vida en Salamanca el 6 de diciembre de 1810. A los pocos días de su llegada cayó enfermo con una dolencia estomacal, así que D'Erlon le dio la orden de permanecer en la ciudad para coordinar el avance de las tropas hacia Ciudad Rodrigo. Thiébault se convirtió así en el comandante militar del distrito de Salamanca, ya que su grado de general de división era superior al de general de brigada de Jean Victor Rouyer, que había ejercido el cargo hasta ese momento y que ahora quedaría al mando de la guarnición de la ciudad.

El día 15 de enero de 1811, el que hasta entonces ejercía como comandante supremo del Ejército del Norte, el mariscal Kellerman, fue sustituido por el mariscal Bessières. Éste, al enterarse de que Thiébault estaba al cargo del distrito de Salamanca, no dudó en ponerle al frente de un nuevo gobierno militar creado expresamente para él y que incluiría los distritos de Salamanca, Ciudad Rodrigo, Toro, Zamora y Almeida. Thiébault aceptó el cargo y se convirtió en gobernador militar de Salamanca el 12 de febrero de 1811. Estos gobernadores tenían completa autonomía civil y militar, con competencias para recaudar impuestos, administrar justicia, nombrar y destituir funcionarios a su elección, teniendo que rendir cuentas solamente ante el Emperador. Thiébault adquiría de nuevo un puesto de gran responsabilidad y confianza. Pero en la Península Ibérica, donde la resistencia era feroz, especialmente en el territorio de su gobierno, el honor era relativo. Además, la vida de Monsieur Thiébault estaba a punto de cruzarse con la de Don Julián, uno de los más acérrimos patriotas que luchaba por la vuelta de los Borbones al trono de España. Al menos de momento, si es que hemos de creer a Thiébault...

JULIÁN SÁNCHEZ «EL CHARRO» (1774-1832)

Julián Sánchez fue uno de los comandantes de caballería más conocidos e importantes de la Guerra de la Independencia, dada su estrecha relación y asidua colaboración con el ejército británico destacado en la Península, especialmente con su comandante en jefe, Lord Wellington.

Nació en el pueblo de Muñoz, en la comarca de Ciudad Rodrigo, en una de las provincias de España con mayor actividad militar durante la guerra, debido a su situación geográfica, que la convertía en ruta de paso obligada para la invasión francesa de Portugal o para la penetración del ejército anglo-portugués en España.

En 1793 Julián Sánchez se incorporó al Regimiento de Infantería Mallorca para participar en la guerra que, en aquel momento, España libraba contra Francia. El 3 de septiembre de ese mismo año llegó a la ciudad de Tolón, que en ese momento sufría el asedio de los republicanos franceses, dirigidos por un joven capitán de artillería que, once años después, se coronaría como emperador. Derrotados los españoles y británicos en Tolón, Sánchez, herido de gravedad por la metralla, logró sobrevivir y volver a España en una pequeña flota que alcanzó el puerto de Cartagena en diciembre. El regimiento Mallorca se reorganizó y fue destinado a la zona oriental de la frontera pirenaica. Allí, Sánchez fue hecho prisionero; su cautiverio duró dieciocho meses. Una vez recobrada la libertad gracias a un intercambio de prisioneros, se reintegró a su regimiento y terminó destinado en Cádiz, casualmente en el momento en el que Nelson estaba asediando y bombardeando la ciudad, ya que los antes aliados británicos eran en aquel momento enemigos de España. La historia es caprichosa por lo que se refiere a las alianzas y desavenencias entre países, pero mucho más cuando interfiere en el destino de los hombres, y resulta fascinante recordar la aventura de ese hidalgo salmantino que luchó como soldado raso contra dos de los más grandes comandantes de la historia para convertirse, con el paso de los años, en una de las peores pesadillas de las tropas de Napoleón en España.

Herido de nuevo en Cádiz, se le evacuó, y una vez recuperado se le destinó a Mérida, donde, en 1801, le sorprendió la guerra entre España y Portugal. Participó en la toma de la ciudad de Aldeia da Mata, que se saldó con un brillante triunfo español. En 1801 se licenció y volvió a su tierra, por donde vería pasar a un ejército francés al mando de Junot, que contaba en su Estado Mayor con el general Thiébault. Esas tropas se convirtieron pocos meses después en enemigas, una vez comenzada la Guerra de la Independencia.

Parece claro, entonces, que el Julián Sánchez que en agosto de 1808 se presentó con su caballo y equipo en la capital mirobrigense para incorporarse al recién formado 1^{er} Regimiento de Caballería Voluntarios de Ciudad Rodrigo, no era un campesino ignorante que se lanzó a hacer la guerra contra el francés sin saber a qué se iba a enfrentar. Era un militar profesional que volvió a verse inmerso en acontecimientos que cambiarían su vida e

inmortalizarían su nombre, al tiempo que era testigo de la ruina de su país. Es precisamente por su experiencia militar por lo que Julián Sánchez ascendió a cabo primero el 20 de septiembre de 1808, a sargento en octubre del mismo año y a alférez el 15 de febrero de 1809. Desde ese último ascenso, y siguiendo órdenes, se separó de su regimiento y se dedicó a hostigar a los franceses, obstaculizando sus desplazamientos y destruyendo sus comunicaciones. El valor demostrado en estas acciones le valió ser ascendido a capitán el 19 de julio de 1809, pero no dejó de actuar en la retaguardia enemiga, interceptando correos y asaltando pequeñas guarniciones imperiales, siempre siguiendo las órdenes de los generales Vives o del Parque. El 18 de octubre de 1809 combatió en la batalla de Tamames, y siguió luego en sus misiones de guerrilla, especialmente contra los destacamentos del 6.º Cuerpo de Ejército de Ney, acantonado por entonces en la provincia de Salamanca.

Cuando los franceses hicieron su primer intento de cercar Ciudad Rodrigo en febrero de 1810, Sánchez se reincorporó con el grado de teniente coronel a su regimiento, que seguía formando parte de la guarnición de dicha plaza. Sus acciones durante el cerco y asedio fueron tantas y tan efectivas que en julio de 1810 fue ascendido a coronel.

En el año 1811 se integró en la División del Conde de España, con la que pasó a formar parte del ejército aliado al mando de Lord Wellington, quedando al mando de una brigada mixta compuesta por el 1.º Regimiento de Lanceros de Castilla y dos batallones de infantería, el Cazadores de Castilla y el Tiradores de Castilla. Fue por entonces cuando un general francés, llegado a Salamanca unas pocas semanas antes, decidió darle caza.

VIDAS CRUZADAS

Desde el mismo momento en que Thiébault fue nombrado gobernador de Salamanca, su obsesión sería acabar con las fuerzas insurrectas que campaban a sus anchas por la provincia. Don Julián había logrado escapar del cerco de Ciudad Rodrigo el día 23 de junio de 1810 con una tropa de apenas doscientos hombres, aunque en unas pocas semanas había logrado reunir una fuerza de unos setecientos jinetes que, sumados a unos mil efectivos de infantería, constituía un peligro para la retaguardia de la *Armée de Portugal*, además de una constante amenaza para las tropas francesas que transitaban entre Ciudad Rodrigo y Salamanca. Uno de los primeros enfrentamientos directos entre Don Julián y el general Thiébault se produjo cuando Madame Junot, la Duquesa de Abrantes, pretendió trasladarse desde Ciudad Rodrigo

—donde la había dejado su esposo antes de proseguir la marcha hacia Portugal— a Salamanca. La Duquesa, informada de que las fuerzas de Don Julián prácticamente habían bloqueado la fortaleza fronteriza, temiendo quedarse aislada y sobre todo preocupada por el bienestar de su hijo —prácticamente un recién nacido— se puso en camino hacia Salamanca con una pequeña escolta. Thiébault recibió la noticia de este imprudente viaje casi al mismo tiempo que un informe de uno de sus espías advirtiéndole de que Don Julián pretendía capturar a tan valiosa rehén al paso de la comitiva por un bosque cercano al pueblo de Matilla. El gobernador se puso al frente de dos batallones de infantería y dos escuadrones de caballería y marchó desde Salamanca para encontrarse con la Duquesa en el camino y frustrar así los planes del caudillo charro.

En un par de meses, Thiébault fue capaz de reunir una fuerza digna de enfrentarse a las tropas de Don Julián, y para ello lo primero que hizo fue reforzar las guarniciones de Alba de Tormes y Ledesma. Después envió una columna de refuerzo a Ciudad Rodrigo, que acampó en Matilla, a medio camino entre Salamanca y la ciudad fortificada. A la hora acordada, la columna de Matilla se dividió en cuatro fuerzas, mientras que otras diez columnas salían de Ledesma, Alba de Tormes y Salamanca. Dos de estas columnas bloquearon los cruces de caminos al este y al oeste de Salamanca a lo largo del río Tormes; las restantes avanzaron a través de la zona boscosa que se extendía entre el Tormes y el río Huebra. Dos de los destacamentos de Don Julián fueron cogidos completamente por sorpresa en sendos pueblos. El resto se vieron forzados a abandonar los campamentos que tenían establecidos en los encinares y salir a campo abierto, donde la caballería francesa se les echó encima causándoles grandes bajas. Según Thiébault, se rindieron casi dos mil guerrilleros, y unos mil doscientos fueron muertos y heridos, con lo que la Brigada de Don Julián quedaba prácticamente reducida a la mitad.

Después de este éxito, Thiébault decidió dar otra vuelta de tuerca: se dispuso a negociar con Don Julián para conseguir que éste se pasara al bando de los partidarios del rey José Napoleón I:

Aunque había conseguido una victoria sin precedentes frente a la guerrilla, ésta era solamente la primera parte de mi plan. En el momento de máxima desesperación de Don Julián, uno de los emisarios que el prefecto me había enviado, un hombre de gran astucia, se le acercó y le dijo: «Estuve hablando sobre usted ayer con el gobernador». Luego se refirió a una supuesta conversación en el curso de la cual yo había expresado mi sorpresa ante el hecho de que un hombre de la valía de Don Julián, que había exhibido tanto coraje e inteligencia,

serviera a una causa tan deplorable y contribuyera al incremento de las desgracias de su país, cuando bien podía hacer algo para poner fin a tanto infortunio. Luego añadió que estaba convencido de que todo el mundo le haría justicia, el gobernador más que nadie. Tras un buen rato balagándole, mi hombre añadió, «Si decide unirse a la única causa que puede traer la felicidad a España y abandona por fin ese bando en el que nunca será considerado como nada más que un jefe de campesinos; si, en resumen, comienza usted a desempeñar el papel que corresponde a su mérito, se aprovecha de su buena fortuna y contribuye a dar ejemplo, el gobernador le otorgará el rango de general. Todo esto se había tratado con el Ministerio de la Guerra, incluso la concesión de una condecoración»².

Más tarde, Antonio Casaseca, prefecto de Salamanca, hombre de probada lealtad al rey José, se hizo cargo de las negociaciones. Según Thiébault, éstas alcanzaron el punto en el que Don Julián aceptó el rango de general de brigada y el mando de una fuerza regular de seis mil españoles en la que se integrarían sus antiguos soldados y cuyos sueldos estarían sufragados por los franceses. Lo que pasó después de ese punto será mejor que nos lo cuente el mismo Thiébault:

Mi propuesta le dejó estupefacto. Se sintió balagado por la oferta que le hice y porque algunos le habían dicho que yo le tenía en gran estima. Lo que él sabía de mí, sobre mi conducta y sobre la forma en la que trataba a los españoles, acabó con sus reticencias.

Los términos de la propuesta estaban claros y solamente teníamos que esperar tres días para la reunión en la que se firmaría el acuerdo. Luego llegaron las noticias de que el Ejército de Portugal avanzaba hacia Salamanca en completa retirada. Esta noticia significó el final de todos mis sueños³.

Es este un episodio que, por el momento, no se ha encontrado relatado en ningún otro escrito y muchos menos documentado. ¿Realmente ocurrió lo que nos cuenta Thiébault o se trata de una mera invención con el objeto de ensalzarse a sí mismo y mitificar su lucha contra la guerrilla? Evidentemente, en el historial del 1^{er} Regimiento de Lanceros de Castilla, tan magistralmente presentado por Don Emilio Becerra, para nada se trata este episodio que, de haber sucedido, se habría considerado como de alta traición a la causa patriótica. Ante un relato que podría causar grandes acaloramientos entre los admiradores del héroe mirobrigense, solamente nos queda plantearnos pre-

² *The Memoirs of Baron Thiébault*, vol. 2, pp. 306-307.

³ *Ibid*, p. 306.

guntas que cada uno responderá según su juicio, intentando dejar a un lado el apasionamiento que estas cuestiones suelen suscitar. ¿Qué necesidad tenía Thiébault de desprestigiar una figura como la del Charro cuando escribe sus *Mémoires*, casi treinta años después de la guerra, y tan lejos de la tierra donde supuestamente aconteció todo? ¿Es posible que el conflicto que se produjo entre los aliados españoles y británicos, cuando Wellington se negó a auxiliar Ciudad Rodrigo durante el asedio de los franceses apenas unos meses antes, hiciera que hombres como el Charro terminaran prefiriendo a los franceses que a los británicos? ¿Se vio todo perdido cuando los angloportugueses cedieron ante el imparable empuje de las tropas de Masséna, pareciendo que iban a evacuar la Península y dejar a su suerte a los españoles que se habían alzado contra Napoleón? ¿Ante esa situación, hombres como Don Julián decidieron en el último momento apostar al caballo ganador? ¿A esas alturas de la guerra no habría cierto hartazgo entre las gentes y muchos, entre ellos Don Julián, concluyeron que lo inteligente sería aceptar de buen grado el cambio de dinastía de los Borbones a los Bonaparte, tolerar la presencia de las tropas francesas y vivir en paz? ¿Es todo el episodio una invención de Thiébault? ¿No estaría Don Julián tendiéndole una celada al gobernador francés? Quién sabe. Mientras no encontremos más documentación, solo nos queda creer o no creer al general francés. Pero, en cualquier caso, al menos al que escribe estas líneas, este episodio le sirve para concluir que no tiene sentido juzgar ni como héroes ni como villanos a hombres que tuvieron la desgracia de verse involucrados en una guerra que no provocaron y menos cuando esos juicios se emitirían desde la confortabilidad y seguridad que ofrece un hogar del siglo XXI, un país en paz y una vana pretensión intelectual.

Por lo tanto, y retomando el relato que nos hace Thiébault de esos días en Salamanca, parece que su estrategia de enfrentar a españoles contra españoles fracasó ante la noticia de la detención de las tropas imperiales ante las Líneas de Torres Vedras –que defendían la península de Lisboa– y su desastrosa retirada hacia territorio español. El 12 de abril, Masséna estableció el cuartel general del Ejército de Portugal en Salamanca, donde intentaba recomponer su fuerza diezmada por el hambre, la enfermedad y las interminables marchas.

Las ciudades fortificadas de Almeida y Ciudad Rodrigo, pertenecientes al distrito gobernado por Thiébault, permanecieron en manos francesas a pesar de la retirada de Masséna, pero quedaron bloqueadas por las fuerzas de Don Julián, que por esas fechas se habían incorporado a la División de Carlos España, integrándose así en el Ejército Español de Extremadura comandado por el General Castaños.

Don Julián se situó con su fuerza entre el Águeda y el Tormes, desplegando una actividad frenética contra nosotros, todo porque necesitaba que se olvidaran las negociaciones que había mantenido con el enemigo. Estaba estrechamente vigilado por el Marqués de España, que había sido enviado por la Junta de Cádiz como comandante supremo de la provincia de Extremadura. La Junta recelaba de Don Julián y no quería dejarlo actuar a su aire⁴.

Masséna avanzó para levantar el bloqueo de Almeida a primeros de mayo, y en Fuentes de Oñoro combatiría de nuevo contra los aliados. Sería relevado por el mariscal Marmont dos días después de la batalla. A su vuelta, Masséna conseguiría que Thiébault fuera nombrado Barón, título que por fin colmaba sus ansias de pertenencia a la nueva aristocracia surgida con el Imperio.

Mientras se sucedían los acontecimientos bélicos en la frontera con Portugal, el ennoblecido Thiébault siguió con la política de intentar ganarse el corazón de sus gobernados. A finales de abril presentó al rector de la Universidad de Salamanca y al mariscal Bessières un informe dedicado a la Universidad y consiguió de este último la promesa de interceder ante el rey José para que destinara más fondos a la institución académica. Thiébault incluso escribió un Memorando al respecto que fue entregado en Madrid. Pero los cambios en la administración francesa –en ese momento Bessières fue reemplazado por Dorsenne como comandante del Ejército del Norte–, la vuelta del Ejército de Portugal a Salamanca y la suerte contraria que estaba sufriendo la causa josefina impidieron el desarrollo completo del plan de renovación de la Universidad. No obstante, el 8 de noviembre de 1811, Thiébault recibió un Doctorado Honoris Causa.

En la cúspide de su gobernación, el general francés siguió trabajando por Salamanca, esta vez imitando las reformas arquitectónicas que Napoleón había llevado a cabo en París y el rey José I en Madrid. Adecentó las calles y plazas, les puso placas con el nombre, las dotó de iluminación adecuada, numeró las casas y creó un nuevo cementerio para impedir el insano enterramiento intramuros practicado por los españoles, que tantas epidemias había provocado.

En el verano de 1811 acometió la demolición de las casas que se encontraban al pie del ala norte de la catedral, en penosas condiciones de salubridad, para construir una hermosa plaza en el lugar. La nueva plaza fue bautizada como Plaza Thiébault, aunque con la retirada de los franceses después

⁴ Ibid, p. 332.

de la batalla de Los Arapiles se le cambió el nombre por el de Plaza del Colegio Viejo, hoy Plaza de Anaya. Fueron grandes, beneficiosas y necesarias las reformas llevadas a cabo. Pero nada nos cuenta Thiébault en sus *Mémoires* de la destrucción que muchos edificios históricos estaban sufriendo con objeto de construir un recinto fortificado en las alturas que dominan el Tormes, en el cuadrante suroeste de la ciudad. Una vez más, la realidad se cuenta a conveniencia del narrador.

Mientras tanto, fuera de la ciudad, en el campo salmantino, el control lo ejercía Don Julián, que seguía manteniendo el bloqueo de Ciudad Rodrigo, ahora al mando del general Hilaire-Benoit Reynaud. El general Reynaud necesitaba suministros desesperadamente, de manera que se las arregló para hacer llegar un correo hasta Salamanca pidiendo ayuda al gobernador. El general Dorsenne, al mando del Ejército del Norte, y el mariscal Marmont, al frente del Ejército de Portugal, unieron sus fuerzas y avanzaron hacia la frontera para levantar el bloqueo al que estaba sometida la ciudad. El ejército aliado avanzó desde la Beira Alta para impedir que tal operación se llevara a cabo, ya que si los franceses lograban volver a establecer una posición fuerte en Ciudad Rodrigo, esto constituiría una nueva amenaza para el territorio portugués.

El 21 de septiembre las tropas contendientes se encontraban muy cerca unas de otras. Wellington, viendo que las fuerzas unidas de Marmont y Dorsenne le superaban en número, decidió replegarse, siendo perseguido por dos brigadas de caballería y una división de infantería al mando de Thiébault —la división más pequeña de los dos ejércitos— con tan solo cuatro mil efectivos. El día 25 de septiembre de 1811, en las alturas de El Bodón, la división de Thiébault avanzó en persecución de las tropas anglo-portuguesas en retirada, aunque la cautela de Marmont ante la gran capacidad de Wellington para establecer inexpugnables posiciones defensivas aconsejó frenar el ímpetu de Thiébault y mandar a su división a la retaguardia.

La noche del 27, un insomne Thiébault observó que los fuegos de los campamentos anglo-portugueses se apagaban prematuramente, y decidió enviar a algunos de sus hombres a investigar. Pasada una hora, la compañía de exploradores regresó con la noticia de que los anglo-portugueses habían levantado los campamentos. Thiébault informó a sus superiores de inmediato y se lanzó de nuevo a la persecución. Alcanzó la retaguardia aliada en el pueblo portugués de Aldeia de Ponte, donde entabló combate y forzó a sus enemigos a abandonar la posición. Hubiera sido una muy buena oportunidad para dejar aisladas a algunas de las fuerzas de Wellington, pero Thiébault recibió la orden de retirarse. La cautela se impuso en el lado francés y

Wellington pudo retirarse a gozar de la tranquilidad que le ofrecía su cuartel general de Freineda.

La incursión francesa en Portugal no había servido para nada porque, a finales de octubre, la guarnición de Ciudad Rodrigo seguía sufriendo bajo el bloqueo de Don Julián y de la División Ligera británica al mando del general Craufurd. Thiébault pidió ayuda al general Dorsenne para aliviar la situación de los camaradas que habían quedado aislados y para poder enviar a un nuevo gobernador a la plaza de Ciudad Rodrigo, el general de brigada Jean-Leonard Barrié. Pero Dorsenne no se podía permitir prescindir de ninguno de sus hombres y Thiébault tuvo que solventar la situación usando su ingenio, ya que, con solo tres mil quinientos hombres bajo su mando, no podría conseguir levantar el bloqueo de Ciudad Rodrigo por la fuerza. Como sabía que hasta el más mínimo de sus movimientos era seguido por los espías al servicio de Don Julián, se inventó un señuelo consistente en difundir la noticia de que la guarnición de Salamanca debería apoyar el despliegue de una división de doce mil hombres del Ejército de Portugal desde Salamanca hasta Frades de la Sierra, un pequeño pueblo fuera de la ruta principal que llevaba a Ciudad Rodrigo. Una vez que reunió el aprovisionamiento necesario y convenció a Barrié de la necesidad de tan arriesgada empresa, cerró las puertas de Salamanca durante cuarenta y ocho horas para evitar que los espías pudieran salir a llevar la información y él mismo se puso al frente del convoy en una marcha forzada que, en dieciocho horas, les condujo a las puertas de la muralla mirobrigense, tras haber despistado a las fuerzas de Don Julián, que esperaban al convoy en otra ruta.

Thiébault asegura así haber obtenido otro gran éxito, en gran parte gracias a un buen plan y a una gran dosis de suerte. Pero la clave probablemente estuvo en el cierre de las puertas de Salamanca durante dos días, hecho que impidió que los espías dirigidos por el rector del Colegio de los Irlandeses, conocido por los españoles como Don Patricio Cortés, transmitieran a Wellington las verdaderas intenciones de los franceses.

Pero Thiébault también tenía espías en nómina. Pastores y buhoneros que eran capaces de introducirse en el mismo cuartel general de Wellington en Freineda. Sus agentes le informaron a finales del otoño de 1811 de que los aliados se estaban preparando para un asedio, ya que estaban reuniendo el equipamiento necesario en grandes cantidades. No le cupo duda: Wellington se disponía a asediar la recién avituallada Ciudad Rodrigo. La información era vital y la trasladó a su superior, el general Dorsenne, de inmediato.

Pero nadie le hizo caso. El mismo Napoleón había dado orden de retirar las mejores tropas del territorio español para emplearlas en la campaña

de Rusia, llegando a afirmar que los aliados serían incapaces de pasar a la ofensiva durante muchos meses. Napoleón, en su ignorancia de la verdadera situación en España, estaba poniéndose la sogá al cuello al desoír las advertencias de generales tan capaces y bien informados como Thiébault.

El 8 de enero, el ejército aliado sitiaba Ciudad Rodrigo, y los franceses la perdían para siempre el día 19, cuando la brecha abierta por la artillería británica fue asaltada por una jauría de soldados anglo-portugueses hambrientos de botín.

Thiébault, desesperado porque para él estaba claro que la caída de Ciudad Rodrigo marcaría el principio del colapso de la presencia francesa en España, recibió con preocupación las órdenes de París que entregaban los gobiernos 6.º y 7.º al Ejército de Portugal, privando de ellos al Ejército del Norte. Eso significaba que Thiébault debía abandonar Salamanca, ya que él formaba parte del Ejército del Norte, cuyos nuevos cuarteles generales se encontraban en Vitoria. A finales de enero emprendía el camino con la esperanza de recuperar el gobierno de Burgos, pero éste ya se le había entregado a un oficial de la Guardia Imperial, por lo que Thiébault terminó volviendo a su país. Don Julián seguiría mientras tanto al lado de británicos y portugueses, compartiendo los laureles de la victoria en jornadas como la de Los Arapiles.

Muchos años después, en París, un anciano general, veterano de la gran epopeya napoleónica, se acordaba de un valeroso soldado de la tierra de Ciudad Rodrigo.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRANTES, LAURE JUNOT DUQUESA DE: *Mémoires de Madame La Duchesse D'Abrantes: Souvenirs Historiques sur Napoléon, La Revolution, Le Directorie, Le Consulat, L'Empire et La Restauration*. Paris, 1893.
- BECERRA DE BECERRA, EMILIO: *Hazañas de unos Lanceros. Diarios de Julián Sánchez "El Charro"*, Salamanca, 1999.
- BECERRA, EMILIO/REDONDO, FERNANDO: *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia*, Ciudad Rodrigo, 1988.
- HORTA RODRÍGUEZ, NICOLÁS: *D. Julián Sánchez "El Charro", guerrillero y brigadier*, Ciudad Rodrigo, 1986.
- SÁNCHEZ ARJONA Y DE VELASCO, JOSÉ MANUEL: *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia*, Salamanca, 1957.

SIGLER, JACK: *General Paul Thiébault. His life and his legacy*. Florida State University, 2006 (Tesis doctoral no publicada y cedida amablemente por su autor).

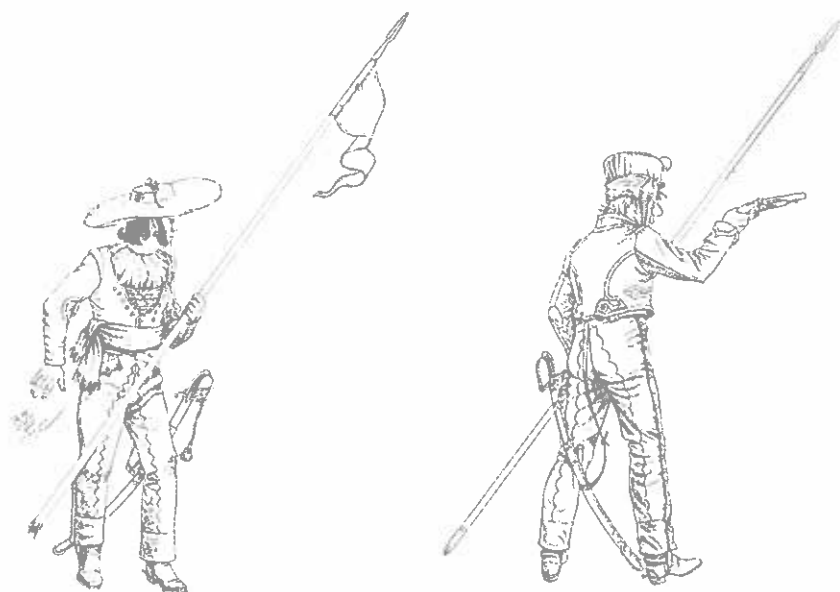
THIÉBAULT, PAUL: *The Memoirs of Baron Thiébault*, London, 1896.

Paul Thiébault, Barón del Imperio y Gobernador del distrito de Salamanca entre febrero de 1811 y enero de 1812. Retrato de Dionisio Álvarez Cueto.



Julián Sánchez «El Charro» hacia 1810. Lleva un uniforme capturado a la caballería francesa, en concreto una pelliza de Húsar y unos pantalones de montar de Cazador, ambos con galones de capitán.

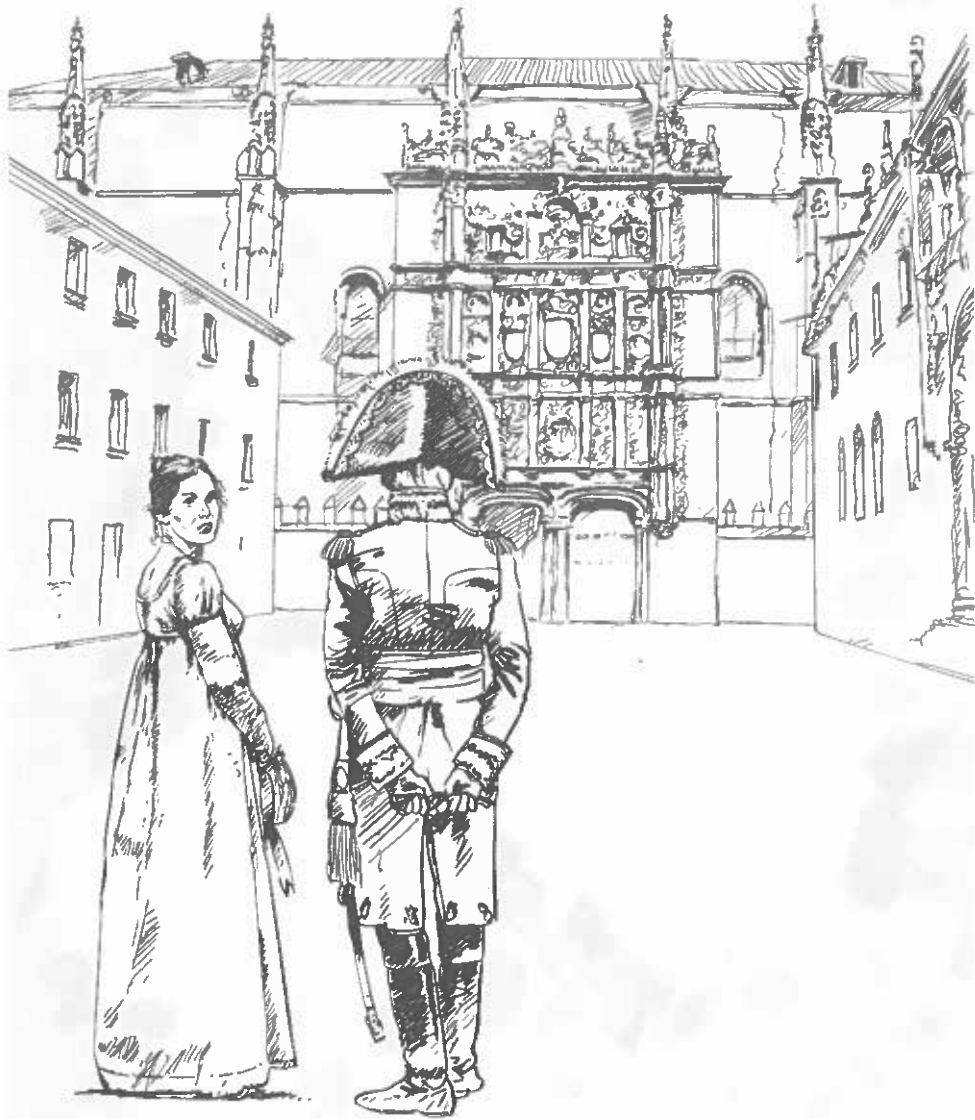
Ilustración de Pavel Alekhin.



Lanceros del 1^{er} Regimiento de Voluntarios de Ciudad Rodrigo hacia 1810. Ilustración de Pavel Alekhin.



Julián Sánchez conversando con el general británico Robert Craufurd. Sánchez lleva un uniforme de caballería ligera del ejército británico, con pelliza y casco *tarleton*. Ilustración de Dionisio Álvarez Cueto.



Paul Thiébault y la Duquesa de Abrantes frente a la fachada de la Universidad de Salamanca. La Duquesa dio a luz a su primogénito en la capital mirobrigense en el año 1811, razón por la cual el niño fue bautizado con el nombre de Rodrigo. El hijo de los Abrantes terminaría convirtiéndose en oficial del ejército de Napoleón III y entregando su vida en la Batalla de Solferino, librada el 24 de junio de 1859. Ilustración de Dionisio Álvarez Cueto.

